

Demetrio Cidonio en el renacimiento Bizantino

INTRODUCCION

El tesalonicense Demetrio Cidonio fue un griego polifacético. Su ingente personalidad, quizá la más acusada y notable del siglo XIV¹, ha sido particularmente estudiada desde el punto de vista teológico. Destacan bajo este aspecto, aún por encima de una valiosa aportación personal, sus múltiples traducciones al griego de las obras maestras de la teología occidental. Como estadista ocupó el relevante cargo de canciller o primer ministro de gobierno bajo los emperadores Juan VI Cantacuceno, Juan V y Manuel II Paleólogo, por donde su nombre está asociado a los más notables acontecimientos de su tiempo, mereciendo por sus dotes singulares de sabiduría y virtud un puesto de honor en la historia. En relación con su actividad religiosa estudiamos por nuestra parte en sencillo bosquejo, fundamentados en los textos de sus cartas, discursos y apologías, el espíritu genuinamente ecuménico que animó a Cidonio, y los supremos esfuerzos que realizó, en un momento difícil, para lograr la reconciliación definitiva entre el Oriente y el Occidente cristianos².

Pero pensamos que no se ha valorado suficientemente al hu-

-
1. Cf. G. CAMMELLI, *Démétrius Cydonès, Correspondence*, Paris, 1930, p. I.
 2. Cf. *Demetrio Cidonio, entre Oriente y Occidente*, «Diálogo Euménico», 3 (1966), pp. 247-266.

manista cristiano, saturado de cultura clásica. Es cierto que los modernos críticos han emitido juicios de lo más halagüeños sobre el escritor y humanista: para R. Loenertz «fue uno de los más nobles espíritus y uno de los mejores escritores de Bizancio»³. Para Vasiliev «eminente representante de la literatura de la época», y lo sitúa junto con Teodoro Metoquita y Nicéforo Grégoras «entre los más brillantes humanistas bizantinos del siglo XIV». «Demetrio Cidonio —nos dice— en su obra literaria tenía una inmensa ventaja sobre la mayoría de sus contemporáneos, y era que, conocedor de la literatura latina, utilizaba los textos de los escritores y eruditos más notables de Occidente»⁴. Para O. Halecki «encarna las más bellas cualidades de la cultura griega»⁵. Para K. Krumbacher fue «uno de los más fecundos e inteligentes ensayistas de la época de los Paleólogos» y asegura que no sin acierto escogió como modelo estilístico a Platón, el autor preferido en la última época de Bizancio⁶. «Sus discursos pueden ser considerados, en frase de Palmieri, como los más hermosos monumentos del arte oratorio bizantino»⁷. Según G. Cammelli, «Cidonio es uno de los mejores escritores de su siglo y merece uno de los primeros puestos al lado de sus contemporáneos, incluso los más célebres. No dudamos en afirmarlo: ninguno entre ellos está tan cerca de los clásicos, ni tan nutrido de sus obras»⁸. Por eso el P. V. Laurent, refiriéndose al tomo III de la edición de las cartas de Cidonio, emprendida y realizada por R. Loenertz, pudo afirmar que pondría de relieve «empleando por vez primera un número de documentos hasta ahora inaccesibles o inexplorados, la figura del escritor, uno de los más considerables que haya tenido Bizancio en su decadencia»⁹.

3. *Catholicisme*, III, Paris, 1952, s. v. *D. Cydonès*, col. 395.

4. *Historia del Imperio Bizantino*, Barcelona, 1946, vol. II, pp. 274, 353, 345 y s.

5. *Un empereur de Byzance à Rome*, Warszawa, 1930, p. 326.

6. *Geschichte der byzantinischen Litteratur*, München, 1897, p. 487.

7. *DTC* III (2), s. v. *D. Cydonès*, col. 2455.

8. *O. c.*, p. XXXIII.

9. *DHGE*, XIV, col. 208.

Sin embargo, pese a estos juicios tan laudatorios, falta un estudio de conjunto sobre la obra y la actividad del gran humanista, como se ha hecho con otros escritores de la misma época, cuales N. Cumnos ¹⁰, M. Crisoloras ¹¹, G. Plethon ¹², Besarion de Nicea ¹³. Nuestro ensayo que no puede ser exhaustivo, pretende tan sólo contribuir a un trabajo definitivo sobre el tema, subrayando la formación clásica y actividad literaria de D. Cidonio en el segundo renacimiento bizantino.

FORMACION CLASICA Y RELACION CON OTROS HUMANISTAS

«Nacido en Tesalónica, alrededor del 1324, de una hacendada familia (D. Cidonio), recibió también en Tesalónica su brillante formación humanística» ¹⁴. Uno de sus maestros, su profesor de Retórica, fue el célebre Nilo Cabasilas, nombrado arzobispo de Tesalónica al final de sus días. Es el propio Cidonio quien nos habla de su maestro en su I Apología ¹⁵. Sin duda acudió a sus clases junto con el posteriormente renombrado místico Nicolás Cabasilas, sobrino de aquél. Ambos, Demetrio y Nicolás, acompañaron al emperador Juan VI Cantacuceno, cuando, tras abdicación forzosa, quiso retirarse al claustro ¹⁶.

10. Cf. J. VERPEAUX, *Nicéphore Choumnos, himne d'état et humaniste byzantin*, Paris, 1959.

11. Cf. G. CAMMELLI, *I dotti Bizantini e le origini dell'umanesimo*, vol. I: *Manuele Crisolora*, Firenze, 1941.

12. Cf. F. MASAI, *Pléthon et le platonisme de Mistra*, Paris, 1956.

13. Cf. L. MOHLER, *Kardinal Bessarion als Theologe, Humanist und Staatsmann*, Paderborn, 1923.

14. G. BECK, *Kirche und theologische Litteratur im Byzantinischen Reich*, München, 1959, p. 733.

15. Cf. G. CAMMELLI, *o. c.*, p. X y s. G. MERCATI ha publicado el texto griego íntegro de la Apología en *Studi e Testi* 56. *Notizie di Procoro e D. Cidone*, Città del Vaticano, 1931, pp. 359-403. R. LOENERTZ señala a otro de sus maestros, el monje Isidoro, luego patriarca de Constantinopla: cf. *Démétrius Cydonès, Correspondence I, Studi e Testi* 186 (1956), nn. 86, 66-70.

16. Cf. J. CANTACUCENO, *Corpus scriptorum historiae byzantinae*, ed. Bonn, III, p. 107.

En aquella época Tesalónica, su ciudad natal, desempeñó un papel muy importante en el movimiento científico, literario y artístico: la filosofía y la literatura se encontraban allí en gran honor. «El cultivo de las letras clásicas era allí particularmente brillante», afirma V. Laurent¹⁷. Cidonio en su Monodia sobre los caídos en Tesalónica, en pasaje que reproducimos en el capítulo siguiente, traducido al castellano, recuerda la gloriosa tradición literaria que siempre, y entonces de modo especial, era preclaro ornamento de su patria, y que con la revolución de los celotas había sufrido rudo golpe¹⁸.

El cuadro tradicional de los estudios en Bizancio lo constituía, como se sabe, la Gramática, la Retórica, la Filosofía y el Cuadrivio de las ciencias matemáticas. Así, pues, Cidonio, como los demás bizantinos, y en cuanto a la formación literaria se refiere, después de haber adquirido los elementos de la Gramática, y practicado la lectura de los poetas y prosistas de la Antigua Grecia, se entregó a los ejercicios escolares en uso, llamados προγομνάσματα heredados en línea directa de las enseñanzas de Hermógenes y Antonio, quienes «habían fijado de modo casi inmutable la serie fastidiosa de fábulas, etopeyas... disertaciones sobre una máxima dada, refutaciones y confirmaciones, ampliificaciones sobre un tema ficticio, llamadas μελέται y de las que las μελέται de Paquimeres son un excelente ejemplo»¹⁹. La tradición bizantina presenta, pues, una notable unidad, puesto que los ejercicios de que se trata, salidos de la enseñanza de los retóricos de la época del helenismo agonizante, se encuentran tanto en el siglo XI como alrededor del 1300²⁰.

Que Demetrio Cidonio sacó el máximo partido de la instrucción recibida lo demuestra el hecho, aducido por Cammelli, de que en 1347, cuando el emperador Juan VI Cantacuceno, vencedor de sus enemigos entró en Constantinopla, Cidonio era ya celebrado entre los mejores escritores de su tiempo. El mismo autor asegura que Demetrio, a pesar de las vicisitudes políticas

17. O. c., col. 205.

18. Cf. PG, 109, 643-44.

19. R. GUILLAND, *Essai sur Nicéphore Grégoras*, Paris, 1927, p. 63 y s.

20. Cf. J. VERPEAUX, o. c., p. 31.

de aquellos azarosos años, «no había abandonado sus estudios: está nutrido por los escritores clásicos: conoce muy bien los poemas de Homero, las obras de los trágicos; Platón y Demóstenes entre los prosistas son los autores preferidos: su periodo, la construcción de sus frases nos revelan las lecturas cotidianas, y nos muestran hasta qué punto triunfó en asimilar las obras maestras antiguas. Alterna la lectura de los clásicos con la de los libros santos; cultiva la filosofía —como neoplatónico tomó parte activa en el movimiento filosófico de su tiempo—; profundamente piadoso se interesa por las controversias religiosas...»²¹.

Por otra parte Cidonio estuvo relacionado con los mejores humanistas de la época. Aparte de Nilo Cabasilas, fue discípulo de Barlaam, el calabrense²², a quien había conocido y admirado durante su estancia en Tesalónica y Constantinopla antes de su partida en 1341²³, y que fue el destinatario de la célebre carta que Cidonio escribió sobre la procesión del Espíritu Santo para conocer a fondo la posición de los latinos acerca de este dogma²⁴. Barlaam fue posteriormente y por breve tiempo maestro de griego de Petrarca, e incluso ejerció alguna influencia sobre Boccaccio²⁵.

Un mayor timbre de gloria para Cidonio supusieron sus discípulos. Cabe mencionar en primer término al emperador Manuel II Peleólogo, con quien Demetrio mantuvo numerosa correspondencia²⁶, de la que brindaremos una muestra en el capítulo

21. O. c., p. XII y s.

22. Cf. O. HALECKI, o. c., p. 96.

23. Cf. M. JUGIE, *Theologia Dogmatica Christianorum Orientalium*, Paris, 1926, vol. I, p. 476; MERCATI, o. c., p. 154 y s.

24. Cf. PG, 151, 1283-1301.

25. Cf. A. VASILIEV, o. c., vol. II, p. 362 y s., el cual asegura que el papel que Barlaam ha desempeñado en el Renacimiento italiano, ha sido mucho más modesto de lo que pretenden algunos historiadores.

26. Cf. R. LOENERTZ, *Manuel Paléologue et Démétrius Cydonès. Remarques sur leurs correspondance*, «Echos d'Orient», 36 (1937) 271-287, 474-487; 37 (1938) 107-124. Según Loenertz el número de cartas dirigidas al príncipe sería de 79 auténticas y dos con mucha probabilidad: cf. el vol. II de la edición crítica de la Correspondencia de Cidonio, *Studi e Testi*, 208 (1960) p. 463.

siguiente. Manuel ocupa un primer puesto entre los emperadores bizantinos que desarrollaron una fecunda actividad literaria. Aparte sus tratados teológicos, ha dejado numerosas obras de retórica y escritos de circunstancia, así como una nutrida correspondencia ²⁷. Fue el emperador filósofo como amablemente le designaba Cidonio ²⁸, y verdadero Mecenas para los labios de su tiempo. Otro de sus discípulos fue Manuel Calecas, que luego tomaría el hábito dominicano. Cidonio supo infundirle el gusto por el latín que le valdría para ponerse en contacto con la Escolástica, cuyo conocimiento, unido al de la filosofía aristotélica, le proporcionó sólida base para su obra teológica ²⁹.

Pero sobre todos sus alumnos destaca en punto a humanismo Manuel Crisoloras, a quien se debe más que a ningún otro la restauración de las letras griegas en Italia. Como Cidonio, también Crisoloras aprendería el latín en el ambiente dominicano de los «fratelli peregrinanti» de Pera ³⁰. Juntos Cidonio y Crisoloras partieron rumbo a Venecia a fines de 1394, y por la elogiosa carta que Coluccio Salutati, «uno de los mejores representantes del Renacimiento italiano de fines del siglo XIV», dirigió a Demetrio, apreciamos el entusiasmo que uno y otro despertaron entre los doctos humanistas italianos: «Cum Venetias tu et Manuel vidistis, ubi cum primum Robertum amicaliter suscepis fecerisque doceri, multorum animos ad linguam Helladum accendisti, ut jam videre videar multos fore graecarum litterarum non tepide studiosos». Salutati, aunque viejo, piensa estudiar griego y se alegra de poder conocer a su edad «illa principia unde quidquam habet latinum eruditionis atque doctrinae creditur ema-

27. Cf. BERGER DE XIVREY, *La vie et les ouvrages de l'Empereur Manuel Paleologue*, Paris, 1853.

28. τὸν φιλόσοφον βασιλέα en la carta n. 430 de la edición de Loenertz.

29. La epístola n. 437 de la ed. de Loenertz tiene como destinatario a Manuel Calecas. El propio Loenertz ha publicado un estudio sobre la vida y obras de Calecas en *Archiv. Fratrum Praedicatorum*, 17 (1947) 195-207, así como su Correspondencia en *Studi e Testi*, 152 (1950).

30. Cf. R. LOENERTZ, *Les Missions dominicaines en Orient...*, «Archiv. Frat. Praedicatorum», II (1932) p. 13 y s.

nasse»³¹. Es el propio Coluccio quien afirma que Cidonio como católico y gracias a su elocuencia digna de Platón influye en la conversión de los otros griegos³². Demetrio y Manuel habían arribado a Venecia con la misión de solicitar ayuda a la potente república contra los turcos; pero pronto se dieron cuenta que sus esfuerzos resultaban inútiles, y regresaron a Oriente acompañados de J. Angeli, célebre humanista florentino. Con todo Cidonio volvería a Italia inmediatamente después de la derrota infligida por los turcos en Nicópolis a los príncipes cristianos (25-28 de septiembre de 1396)³³. No es tan seguro que muriese en Venecia, donde había sido nombrado ciudadano³⁴, a fines de 1399, según la documentada opinión de Mercati. Otros autores, entre ellos Laurent, Palmieri y Beck³⁵, están contestes en afirmar, basados al parecer en la noticia de Rafael de Volterra, que pasó sus últimos días en un monasterio de la isla de Creta.

Cidonio dio también lecciones de griego al humanista florentino Roberto Rossi, amigo de Salutati, y mantuvo correspondencia con él³⁶.

Y no podemos echar en olvido que la recuperación de la conciencia del helenismo que llevó a cabo G. Plethon en su escuela neoplatónica de Mistra, y el influjo decisivo de su estancia en Italia, con ocasión del concilio de Florencia, para el resurgir de la filosofía platónica en el Renacimiento italiano —Plethon había sugerido a Cosme de Médicis la fundación de la Academia Platónica—, fueron obra de un insigne humanista, que en sus primeros años había sido discípulo en Constantinopla de Demetrio Cidonio³⁷.

31. G. CAMELLI, *I dotti Bizantini...*, vol. I: *Manuele Crisolora*, p. 29, citando a F. NOVATI, *Epistolario di Coluccio Saluti*, Roma, 1896, III, 105-119.

32. Cf. O. HALECKI o. c., p. 96.

33. Cf. G. MERCATI, *Studi e Testi*, 56 (1931), pp. 117-125.

34. Cf. R. LOENERTZ, *Démétrius Cydonès, citoyen de Venise*, «Echos d'Orient», 37 (1938), 125 y s.

35. Cf. O. y l. c.

36. Cf. G. CAMELLI, *Manuele Crisolora*, p. 29 y la primera cita de la carta de Salutati.

37. Cf. MASAI, o. c., p. 62.

Así fue como los doctos bizantinos junto con la enseñanza de la lengua y cultura griegas, necesaria para que la «Renascentia» iniciada en Italia llegase a su plenitud, dieron también el impulso eficaz para las geniales producciones del Renacimiento. Por ello afirma Verpeaux que «puede admitirse... la posibilidad de una contribución real y fecunda de la cultura bizantina a la cultura que se había renovado en Italia—, los intercambios entre Italia y el Imperio durante los siglos xiv y xv fueron numerosos—, aunque la cultura bizantina no sea el origen del humanismo italiano»³⁸.

Con todo sobre la vida y actividad de muchos de los bizantinos venidos a Italia, sería de interés y falta todavía un estudio bien documentado, que descubriría valores, relegados a segundo plano, ante las figuras próceres del Renacimiento.

ALGUNAS MUESTRAS DE ERUDICION CLASICA EN LAS OBRAS DE CIDONIO

Primeramente presentamos dos ejemplos tomados de su Correspondencia.

Sea el primero la carta que por el verano de 1345 escribió al emperador Juan VI Cantacuceno³⁹. En la epístola Cidonio exalta la victoria del Emperador en Tracia y se regocija por la muerte de A. Apocauco, el gran caudillo de sus adversarios. El tema de la carta, por lo demás muy breve, no es el más apropiado, como fácilmente podrá apreciarse, para que un humanista ponga de relieve su formación clásica, y sin embargo toda la pieza rebosa en alusiones a la cultura antigua. El autor empieza diciendo que les ha tocado en suerte la felicidad de Platón⁴⁰, toda vez que Dios ha restituido en su misión de velar por el bien público

38. O. c., p. 199 y s.

39. El texto griego, críticamente transcrito, puede verse en R. LOENERTZ, *Studi e Testi*, 186 (1956), n. 6, p. 31 y s.

40. Cf. *Republica*, 473 c-d. Cantacuceno alude a este hecho en sus historias; cf. ed. Bonn, II, 573 y s.

a una inteligencia prócer, nutrida por la filosofía, eliminando a los Telquines precedentes ⁴¹, los cuales cometían tales desmanes, cuyo solo relato hace estremecer, y atormentaban a los demás con los sufrimientos propios de los réprobos en el Hades. Pero Dios que conocía al que debía restablecer la justicia, comprobada su entereza ante la dificultad, «ahora, como dice Platón ⁴², al fin de la carrera corona a aquel que ha combatido como debía; a estos miserables les ha hecho experimentar un final peor que cualquier tragedia ⁴³, y a ti, como premio al mérito, te ha devuelto, cual en un certamen, el imperio». Cidonio concibe las mejores esperanzas sobre el reinado del príncipe: «la virtud florecerá, la ciencia será expuesta con toda libertad y el emperador será para sus vasallos el símbolo de todos los bienes. Así te levantas —dice—, cual columna que se eleva hasta el cielo, no sólo en el Peloponeso como Ificrates ⁴⁴, sino en todas las almas y en los pensamientos todos». Pero al autor no le basta con enterarse del triunfo de Juan VI, quiere estar junto a él. «Para lograrlo —son palabras tuyas—, he deseado las alas de Dédalo ⁴⁵, he buscado el carro alado de Zeus ⁴⁶; pero, puesto que la naturaleza no lo permite, he calmado mis ansias dentro de lo posible; pues habiéndome dirigido a la mejor de las ciudades, me refiero a la que te recibió ⁴⁷ por vez primera, como Tetis acogió

41. Con esta palabra de sabor clásico se refiere Cidonio a los legendarios habitantes de Rodas, considerados como el símbolo de la crueldad y destrucción. Cf. v. gr., P. GRIMAL, *Dictionnaire de la Mythologie...*, s. v. *Telchines*; R.E 5A-7 cols. 197-224, c. v. *Telchinen*.

42. Cf. *Rep.* 613 c.

43. Se refiere explícitamente a la muerte que el 11 de julio de 1345 encontró Alexis Apocauco, el gran caudillo y adversario de Juan Cantacuceno. Cuando inspeccionaba la prisión del palacio imperial en que languidecían su senemigos, fue asaltado por los prisioneros y asesinado. Cf. N. GREGORAS, *Corpus scriptorum...*, ed. Bonn, II, 740.

44. Cf. ELIO ARISTIDES, ed. Jebb, II, 385, 1-8.

45. Cf. P. GRIMAL, o. c., s. v. *Dédale*, RE, 4-2, cols. 1994-2008, s. v. *Daidalos*.

46. Cf. PLATON, *Phaedr.* 246 e.

47. Se refiere a la ciudad de Berea, en Macedonia, al sudeste de Pella. Así lo ha demostrado Loenertz, cf. OSTROGORSKI, *Histoire de l'Etat byzantin*, Paris, 1956, p. 540 y s., nota.

a Dióniso ⁴⁸, hago descansar mi alma en la que es imagen ⁴⁹ de la tuya». Finalmente habla Cidonio del conjunto armónico de cualidades que adornan al emperador: la agudeza de su mente, el amor a las letras, la facilidad en aprender, la dificultad en airarse, su agilidad en la búsqueda de la verdad; por donde Demetrio confía que la virtud del soberano brillará sobre el Imperio.

El otro ejemplo tomado de la Correspondencia de Cidonio lo constituye la carta que el tesalonicense dirigió al emperador Manuel II Peleólogo por los años 1387-88, sin que pueda precisarse con exactitud cuándo fue escrita y a dónde fue enviada ⁵⁰. Cidonio acaba de recibir por fin el discurso del Emperador, asociado al trono con su padre Juan, pero se queja de que ha llegado con retraso a sus manos, por cuanto Nicolás Cabasillas lo ha retenido en su poder. Una vez leído el discurso, Demetrio felicita a su autor con los más cálidos elogios. Las diversiones del soberano, según él, no son menos nobles que las ocupaciones serias de los otros, por cuanto muestran las solicitudes de un sabio. De ello es buena prueba su discurso no menos bello que extenso, y que debía haberlo recibido antes para gozar por más tiempo del placer que procura. Si Cabasillas lesionó su derecho de preferencia, fue por no poder renunciar fácilmente a tan suculento festín. Pero «cuando me hubo entregado tu discurso me aconteció lo propio que a los que están embelesados: la hermosura de las palabras, la densidad y variedad de las ideas, la claridad de expresión encerrada en pocos vocablos, el esplendor y la gracia derramados a través de estas cualidades como en un bello cuerpo me cautivaban y me obligaban a decir que tu discurso se parece a los encantamientos de los magos». Sobre todo por cuanto era su propia naturaleza la que le había otorgado tal poder de expresión. Esto era lo que más maravillaba a Cidonio y, son pala-

48. Cf. HOMERO, *Il.*, cant. VI, 135 y s.

49. Se refiere a Manuel Cantacuceno, déspota de Morea, el segundo hijo de Juan VI.

50. Cf. R. LOENERTZ, *Studi e Testi*, 208 (1960), n. 380, pp. 329-331, donde se encuentra el texto griego crítico de la carta.

bras suyas, «me hacía aprobar a Píndaro ⁵¹, quien compara a los cuervos a los que han adquirido el saber mediante el estudio, oponiéndolos al águila, es decir, al sabio por naturaleza». Hace votos para que el Verbo Divino conserve y desarrolle en el príncipe estas cualidades... «Por mi parte, continúa Demetrio, considero dichosa a la encina y la sombra que proyecta a sus pies, y a la fuente que ha escuchado tantos y tan bellos discursos sobre la constancia, y la proclamaría no menos digna que el plátano del Atica con sus fuentes y sus cigarras, bajo el cual Sócrates regalaba a Fedro con hermosos discursos sobre la belleza» ⁵². Vuelve a repetir que los esparcimientos de Manuel participan de la gravedad de la filosofía ya que no se limitan al juego de dados, al vino y a las diversiones habituales, «antes bien su distracción es también rica en discursos y problemas que habrían reclamado para resolverlos la presencia de Sócrates». Y si bien todos los discursos merecían ser pronunciados en la Academia, uno se hubiera admirado sobre todo de que acerca del tema propuesto en el caso presente: «¿Cuál es el peor mal que puede acontecer al hombre?», los demás respondían con acierto que el estar privado de los mayores bienes, pero Manuel, aun estando aquejado de los más grandes males, se esforzaba por venerar al que es su autor, pensando que, sólo con pretender defenderse contra ellos, daba la impresión de hacerle un reproche, lo cual era más doloroso que la desgracia presente. Tal era a juicio de Cidonio la delicadeza de su espíritu.

Asimismo encontramos en la Monodia, que sobre los caídos en Tesalónica escribió D. Cidonio ⁵³, una prueba más de su erudición clásica. «La causa externa de este discurso elaborado con todos los recursos de la Retórica, en el que combina tristes lamentos con seria advertencia, fue la sangrienta guerra civil

51. Cf. *Olimp.* II, 154-159: «Sabio es aquel que sabe muchas cosas por naturaleza: aquellos que tienen una ciencia adquirida son como cuervos que con una ruidosa locuacidad graznan inútilmente frente al ave divina de Zeus».

52. Cf. PLATON, *Phaedr.* 229 b.

53. Cf. PG, 109, 639-652.

—ocasionada por la sublevación de los celotas—, que en el año 1346 arruinó a la ciudad de Tesalónica»⁵⁴.

El autor nos dice que a resultas de la matanza organizada y la confusión reinante en la ciudad, los supervivientes la consideraban peor que la Estigia y el Cocito⁵⁵. Lamenta que un solo día haya echado a perder el patrimonio literario y artístico, que fue siempre timbre de gloria de su ciudad natal. Escuchemos sus palabras: «De oradores, de filósofos y de los restantes literatos, ¿dónde uno podría encontrar un conjunto más numeroso y cualificado? Pero en este punto todos conceden la preferencia a la ciudad (de Tesalónica) y la llaman escuela común de todos cuantos aquí porfían en el arte de las Musas. Por lo demás, esto es precisamente lo que no debe decirse: que ahora le ha correspondido tener la primacía en las letras, pero que hubo un tiempo en que era catalogada entre las ciudades incultas. Por el contrario, en todo tiempo fue la ciudad de las Musas, y los estudios de éstas han logrado estar en plenitud a través de los siglos con la misma vitalidad con que los poetas describen a la diosa Juventud. Así, pues, podría decir que vivía en Atenas, en compañía de Demóstenes y Platón, cualquiera que se estableciese en ella. Pero un solo día echó por tierra todos estos bienes y arrebató la corona de la ciudad...»⁵⁶. Sin embargo en aquella situación caótica, cuando, «como decía Homero, el mar era agitado por vientos contrarios» se encontró quien fuera «más valeroso que Hércules, más prudente que Peleo y más inteligente que Temistocles, que imitaba la organización de Ciro y su conducta para con los súbditos...»⁵⁷. Incluso en la parte final del discurso, rebosante en exclamaciones y lamentos, propios de la más vigorosa oratoria, no puede el escritor renunciar a las expresiones de sabor

54. KRUMBACHER, *o. c.*, p. 487 y s. Las fuentes históricas del suceso son: CANTACUCENO, l. III, cap. 92 y s.; GREGORAS, l. 14, cap. 10.

55. Cf. cols. 639-40. Según la mitología griega, la laguna Estigia formaba un río subterráneo que rodeaba los infiernos. El Cocito era otro río del infierno, afluente del Aqueronte, que rodeaba el Tártaro.

56. Cols. 643-44.

57. Cf. cols. 645-46 y 643-44. La referencia a Homero no es literal, cf. con todo *Il.*, II, 144-46; *Od.*, V, 291-96.

clásico: «¡Oh! ¿a qué clase de tragedia hemos de comparar estos actos? ¿qué poetas podrán componer versos apropiados a tan grandes males?... ¿Cómo habrá que denominar este suceso? ¿una victoria o lo que es peor que cualquier derrota? La fábula, ora la victoria Cadmea, ora la maldad Lemnia y cuantas desgracias hasta el presente la fama ha divulgado, serán creídas... ¡Oh Patria de nombre fermentido para aquellos que engendró e incluso menos de fiar que cualquier Escila!... ¡Oh ciudad más cruel que cualquier Estigia!...»⁵⁸. En medio de tanto mal, concluye Cidonio, la única esperanza estriba en Dios que solo puede aportar el remedio.

Por su honda significación cabría aducir un nuevo ejemplo, tomado del primero de sus dos discursos deliberativos, que nosotros tradujimos para la revista «Diálogo Ecuménico». En dicho pasaje considera a Roma como a la madre y protectora nata de Bizancio. La nueva Roma, Constantinopla, es considerada como la prolongación histórico-cultural de la ciudad fundada por Rómulo, con las mismas tradiciones políticas y religiosas⁵⁹. Aunque el fragmento en cuestión tiene una finalidad política y ecuménica, alcanza también repercusión en el campo de la cultura clásica.

Estas muestras de erudición clásica en las obras de Cidonio, particularmente en su abundante y rica correspondencia, podrían multiplicarse indefinidamente; pero creemos que para nuestro objetivo son suficientemente elocuentes los ejemplos aducidos; ponen de relieve la importancia del humanista cristiano en el renacimiento que tuvo lugar en Bizancio, bajo el imperio de los Paleólogos.

58. Cols. 649-52. Sobre la victoria Cadmea, cf. PLATÓN, *Leyes*, 641 c. Acerca de la maldad Lemnia, cf. ESQUILO, *Coef.*, 631 y s.; HERODOTO, VI, 138. Para el episodio de Escila, cf. HOMERO, *Od.* XII, sobre todo 223-59.

59. Cf. PG, 154, 978 C-980 C. La traducción en «Diálogo Ecuménico», art. cit., pp. 264-66.

EL HUMANISTA BIZANTINO

Fácilmente habrá podido deducirse de esta sencilla exposición cuál fue el sentido y plenitud que Cidonio quiso dar a su formación humanística. Con todo y para terminar, queremos precisar algunos conceptos sobre el tema.

Naturalmente en Cidonio se realizó la síntesis de la filosofía antigua griega y de la sabiduría cristiana. Pero frente a Erasmo y otros renacentistas posteriores, que se apoyaban en su humanismo antropocéntrico para revisar la religión, en Cidonio su fe cristiana, profundamente vivida, era el motor de la revisión. Su misma correspondencia, con estar tan saturada de reminiscencias clásicas, substancialmente aporta, en frase de Verpeaux, «el sentimiento de un hombre cuya vida ha reflejado el drama de conciencia de aquellos, para quienes la verdadera ortodoxia estaba representada por el catolicismo romano» ⁶⁰.

Al igual que Nicéforo Cumnos, también Cidonio ilustra una tendencia, particularmente desarrollada en su época, la cual, apoyándose en las enseñanzas de la Patrística Griega, se esfuerza por integrar en el Cristianismo todo aquello que, sin exclusión sistemática de ninguna doctrina, puede ser conciliado con el dogma cristiano ⁶¹. Sigue, pues, la vía media del equilibrio armónico.

En efecto, existió por este tiempo la querrela entre místicos y humanistas, que representa la pugna entre la cultura basada en la tradición clásica y la espiritualidad monástica ⁶². Esta última confundió el helenismo con el paganismo. Y, aunque las autoridades de la ortodoxia griega no estaban en contra de las letras clásicas, con todo querían evitar que el amor por las letras antiguas suscitara la llamada *herejía helénica*. Pero los espíritus clarividentes, al estilo de Cidonio, sabían aprovechar las opiniones de Platón y Aristóteles, subordinándolas a una vi-

60. O. c., p. 73.

61. Cf. la síntesis que al respecto nos brinda F. BOULANGER en su obra: *Saint Basile. Aux jeunes gens...*, Paris, 1952. Introduction, pp. 16-23.

62. Cf. BREHIER, *Civilisation byzantine*, Paris, 1946, pp. 435-38.

sión cristiana de los problemas filosóficos, que en algunos casos autoriza a criticar y reformar las teorías de los antiguos, v. gr., al Platón de los mitos, en cuanto sus ideas se encuentran en flagrante oposición con el mensaje revelado ⁶³.

No es, pues, el humanismo cerrado de su discípulo G. Pletron, quien, en su afán de promover el resurgimiento de la Antigua Grecia, encuentra la verdad absoluta en el pensamiento representado por Platón y los neoplatónicos, prescindiendo de la revelación sobrenatural cristiana. Ni el otro humanismo puramente espiritual o escatológico, propugnado por G. Palamas, para quien el quietismo, en la contemplación mística, es el grado supremo de la vida cristiana.

En la persona de Cidonio, como antes en la Nicéforo Cumnos, y posteriormente en la de Besarión de Nicea, y en la de tantos otros, reconocemos a un representante del más puro humanismo bizantino, el que no quiere disociar al Cristianismo de la filosofía antigua, sino que se esfuerza en mantener la fusión del Hellenismo y del Cristianismo, siguiendo el modelo de San Basilio y de numerosos Padres de la Iglesia.

El alma profundamente cristiana de Cidonio no se desorientó en medio del estudio de la cultura clásica, al que se entregó desde su tierna edad y que continuó admirando, cuando más tarde se interesó por los problemas teológicos y religiosos de su tiempo. Las citas de la Escritura y de los Padres se combinan armoniosamente con las reminiscencias clásicas, «porque su espíritu había sido conciliar el pensamiento cristiano con el amor por las obras maestras de la antigüedad, en las que él reconocía también una manifestación de la verdad y de la hermosura» ⁶⁴.

ISMAEL ROCA MELIA

63. Cf. VERPEAUX, *o. c.*, pp. 178-186.

64. G. CAMELLI, *D. Cydonès, Correspondence*, p. XXXIV.